

# Roque Dalton: revivir al poeta

*Elizabeth Burgos*

**S**URGE EN MI MEMORIA, BORROSA PRIMERO, LUEGO DELINEÁNDOSE, nítida, en la lejanía del recuerdo, la imagen de Roque. Surge en mi memoria aquella época compartida con el amigo y compañero, y esa ausencia definitiva actualiza el dolor, y su voz, silenciada para siempre, brota como un eco lejano. El amigo, cómplice y compañero de aquella época de ingenua espontaneidad, de vivencias intensas, cuando lo excepcional era lo cotidiano y la ilusión el móvil de nuestra acción, ya no está para compartir las desilusiones, y el escepticismo de hoy: esa especie de optimismo alcanzado después de los celajes de ayer.

Roque era el más querido entre aquellos nómadas, “profesionales de la revolución” que pretendíamos ser entonces. Las tareas propias de ese oficio nos hacían coincidir en La Habana, Praga, Moscú o París. En aquellos escenarios lejanos, discutíamos el tema, el único, aquél que nos ocupaba y preocupaba entonces: el de la lucha armada. Verdadera línea divisoria, con toda la carga obsesiva que conllevan las creencias férreas, que dividía al comunismo ortodoxo de la izquierda pro-cubana.

El Che, mentor y símbolo de la lucha armada, gozaba entre nosotros de una admiración ilimitada y de una total incondicionalidad. Desaparecido de Cuba; la opinión pública lo daba por muerto. Nosotros, los creyentes, teníamos la rotunda certeza de que se encontraba en algún lugar del mundo preparando la lucha. Y en nosotros –animados por un deseo difuso que no nos atrevíamos a formular abiertamente, pero no por ello menos constante– iba tomando cuerpo la idea de encontrarnos entre los elegidos, que en algún momento seríamos llamados a formar parte de ese proyecto. Pensábamos que al contrario, la desaparición del Che del escenario cubano, nos acercaba al momento de pasar a la acción. Nos guiaba la intuición de estar al borde de realizar nuestro anhelo. También el de concluir con la polémica con los Partidos Comunistas (PC), porque pasando a la acción daríamos la

prueba de lo bien fundada que era la “línea de la lucha armada”. Y sucedió así como lo esperábamos, pero fue otro el resultado.

Sin embargo, Roque pertenecía a un Partido Comunista ortodoxo, y es más, era su representante ante la *Revista Internacional* con sede en Praga. Normalmente ese hecho hubiera sido suficiente para separarnos. Es cierto que Roque no demostraba el mismo entusiasmo que nosotros, pero sus reticencias sobre la línea de “la lucha armada” no eran tajantes. Lo sentíamos de nuestra parte, en el fondo nos secundaba. Lo que entonces percibíamos como algo flotante, como un titubeo, era simplemente la actitud de alguien que se encuentra ante un hecho conocido de antemano, que posee una memoria anterior de hechos que estaban todavía por suceder. Él no era un neófito en la materia como la mayoría de nosotros. Tenía en su haber un amplio historial de luchador que lo había llevado a la cárcel, incluso a ser condenado a muerte. Estuvo varias veces a punto de ser ejecutado. La última, lo salvó un terremoto que derrumbó la cárcel el día de su fusilamiento. Hoy, con la distancia del tiempo, me doy cuenta de que esas reticencias lo que revelaban era la expresión de un conocimiento de causa: Él sabía perfectamente las consecuencias de “cuando el pensamiento se hace sangre”. Conocía de sobra las oleadas del vendaval desencadenado. Simplemente, el momento no le había llegado: sabía que, tarde o temprano, le llegaría la hora de la decisión, y sería fatal, pero tal vez nunca imaginó que sus enemigos y la naturaleza fueran menos crueles con él que más tarde sus propios compañeros de armas.

Era un placer incomparable ir a Praga, no porque fuera el centro internacional del comunismo, sino para encontrarnos con Roque, porque allí oficiaba de representante de su partido. Las tardes de aquel verano transcurrían imperceptibles. Ayudados por el vaho dulzón de la cerveza, la vida se deslizaba como a la espera de un gran acontecimiento bajo el embrujo de aquella ciudad tan irreal por su semejanza con un decorado de teatro. Inocentes, ignorábamos que aquellas palabras que iban cayendo sin la gravedad que me merecían, a muchos iban acercando a una muerte prematura. Roque plasmó en un largo poema aquellos momentos, que dedicó a quienes le “vimos crecer y desarrollarse”: la cervecería U Fleku quedó así incorporada a la poesía y al imaginario latinoamericanos.

Época de rupturas con los partidos comunistas defensores de la “coexistencia pacífica”. Admiradores del Che, seguidores de la lucha armada. Seguidores de Moscú unos, seguidores de La Habana, otros. Nunca reparamos en la militancia de Roque, ni en el hecho de que fuera el representante de uno de esos partidos que mirábamos con tanto desdén. No, Roque era uno de “los nuestros”; lo admirábamos porque poseía un historial de lucha bien completo. Pero sobre todo, lo queríamos porque él nos quería. Roque era de esos seres que sabían querer, que sabía ir hacia los demás. Ignoraba el recelo, su franqueza era la del niño que aún no ha aprendido la desconfianza. Era un *rara avis* en el mundo de los intelectuales latinoamericanos: no sufría de envidia, de ahí esa rara capacidad de entrega de la que hacía gala a cada instante. El placer de gozar de su ingenio era un privilegio que algunos tuvimos el placer de compartir. Como raras personas, Roque poseía el don y la generosidad de la palabra. Su propensión al goce le mantenía siempre alerta, y nunca rechazaba una oportunidad de convertir lo cotidiano en

placer. Que unos ojos lo turbaran a la vuelta de una esquina, el hecho se convertiría en una invitación a descubrir una piel desconocida, y Roque podía desaparecer durante varios días. Poseía, más que el poder, un verdadero don de la seducción: seducía a pesar suyo, sin proponérselo. Su inclinación innata al placer y al ejercicio de la inteligencia, su pasión por las ideas, no dejaban mucho lugar a la vocación desmedida de ser héroe, aún menos de ser “mártir de la revolución”. Sin embargo, su historial revolucionario era suficiente como para que detentara el estatus de héroe; pero él nunca revistió de la gravedad requerida las hazañas en su haber. Las situaciones que otros hubieran convertido en heroicas, para Roque eran pretexto para lucir su extraordinario e innato sentido del humor. Le gustaba reír y hacer reír: “O no me desampares altivez / quién podría matarme sin / hacerme reír”. Su propensión a la libertad, y su sentido infinito del humor, estaban reñidos con toda expresión de solemnidad tan indispensable a los quehaceres del ejercicio de una posición de poder. Su extraordinario sentido del humor le impedía tomarse en serio. De ahí que imaginarlo en uniforme –dignidad que le tocaba dado su rango, o impartiendo órdenes o imponiendo normas, no nos pasó nunca por la mente. “Prefiero saberlo la locura a la solemnidad / (...) Menudo esfuerzo hice para tener fe tan sólo en el deseo / y en el amor de quienes olvidaron / el amor y la risa”. Artesano de la palabra, pionero del “Verbo América”. No se puede imaginar a América sin aquellos que se han dado a la tarea de recrearla en la palabra, en el Verbo. Roque, creador de ideas y, por si fuera poco, poeta. Suficiente como para que no fuera de fiar en los medios ultramilitaristas de La Habana, en donde el uso de la inteligencia era sinónimo de cobardía. Ser tratado de intelectual era el peor insulto que se podía hacer a alguien: el desdén por la actividad intelectual llegó a alcanzar, en aquel tiempo, estatus de doctrina.

Eso sí, solían utilizarlos a efectos propagandísticos: un intelectual asesinado o prisionero era un acontecimiento muy valorado por la repercusión que tenía en la opinión pública. El hecho de que en La Habana los medios oficiales hayan permanecidos tan discretos en relación a la muerte de Roque, se debió simplemente a que se trataba de una muerte no explotable en términos de opinión pública, de propaganda revolucionaria, porque rompía totalmente con el esquema de los malos asesinos en el campo del enemigo, y los buenos sin tacha, en el de los revolucionarios.

Nunca imaginé, las últimas veces que nos vimos en La Habana –el Che ya muerto, admitido el fin de la ilusión de querer hacer de la cordillera de los Andes una nueva Sierra Maestra– que Roque sucumbiera a las presiones ejercidas sobre él, directa e indirectamente, para inducirlo a regresar a El Salvador e integrarse al movimiento armado. Se practicó en ese empeño, un método muy utilizado por el aparato cubano y más certero muchas veces que una orden escueta: culpabilizar valiéndose del rumor y la maledicencia. Presión indirecta que condujo a tantos a decisiones que nunca hubieran tomado si les hubieran dejado la libertad de escoger. Llegó un momento en que Roque se sintió acosado por los rumores que circulaban sobre él en los medios culturales de La Habana en boca –entre otros– de poetas-funcionarios. Se le solía criticar por su permanencia en

Cuba “mientras tantos compañeros mueren en la lucha en América Latina”. Otra versión del célebre verso: “Sobre qué muerto estoy yo vivo”, podría ser también: “Sobre qué poeta estoy yo vivo”. Como tantos murieron, también él había de morir: era la lógica de la época.

Sacrificio, martirologio: dogmas oficiales de la Isla convertida en Calvario, regida según las normas del cristianismo más retrógrado. Complejo crítico que transforma en pecado toda manifestación de placer. Sólo la casta –la cúspide de la pirámide detentora del poder supremo– posee el privilegio del placer. La casta ordena sufrir, sacrificarse, correr riesgos, de los que ella, por supuesto, permanece eximida. Curiosamente, aquellos cubanos, miembros de la casta, pero que sí asumieron riesgos, están hoy muertos: los ejemplos más patéticos y recientes son los del general Ochoa y de Tony de La Guardia, también asesinados a manos de sus propios compañeros.

Quienes asesinaron a Roque cargarán siempre con la culpa del fratricida, por haber transgredido los límites de lo sagrado. Acto revelador del móvil de una acción que ante el mundo se mostraba bajo la apariencia de la lucha entre el bien y el mal. Pero como siempre, el afán de poder de los caudillos desvirtúa las acciones más nobles. Hoy sólo nos queda el consuelo de que no lograron su cometido: el poder. ¿Pero, cuántos muertos costó el empeño?

En su testimonio, (*Tendencias*, Julio-Agosto 1993) Vicente<sup>1</sup> alude a la necesidad de rehabilitar hoy al Roque Dalton poeta. Revivir al poeta debe ser nuestro afán. Porque es su verdadera dimensión; la que nunca debió haber abandonado. Es necesario darle vida al poeta, porque Roque se asesinó a sí mismo al acudir al “llamado del tiempo”, no como poeta, sino como militante político. Roque Dalton, al equivocarse de espacio en la historia asesinó al poeta. Y sin sospecharlo, aquellos que lo asesinaron a nombre de un conflicto político, al matar al hombre le devolvieron su dimensión de poeta. En un luminoso ensayo: *El arte a la luz de la conciencia*, al referirse al suicidio de Maiakovski, Marina Tsvietáieva dice que el Maiakovski hombre estuvo durante años asesinando en sí mismo al Maiakovski poeta, y el poeta terminó por rebelarse asesinando al hombre: “Vivió como un hombre y murió como poeta”. Roque vivió como un hombre y sus ejecutores, asesinándole, le dieron vida al poeta. Como hombre perdió su presente, y el poeta ganó su futuro: ya forma parte de lo perenne.

Y vuelve el recuerdo de aquella tarde de verano en Praga, Roque invadido por la emoción, como si se tratara de una cita amorosa, preparándose para asistir a una reunión con Lili Brik, último amor de Maiakovski. Roque sentía una verdadera fascinación por Maiakovski. Sentía la atracción de la identificación con el alma gemela. ¿Otra de sus premoniciones sobre su muerte?

Si algo se le puede reprochar a Roque es el haber olvidado que el poeta tiene su propia contemporaneidad y ella le obliga a ir hacia adelante en poesía, a no quedarse rezagado, a no fallarle a su mandato. Y no se trata de oponer el poeta a su época. Al contrario. El destino del poeta es el de situar su vida dentro de un

---

<sup>1</sup> Activista salvadoreño perteneciente a la misma organización.

contexto histórico y mítico y así poder expresar el destino de todos a través del suyo. Roque, al no darse su puesto de poeta puso en juego el destino de su país. Nicaragua es grande por poseer a un Rubén Darío, no por sus comandantes de opereta. Roque entregó gran parte de lo mejor de su tiempo y de su vida a la polémica política, al compromiso con la actualidad, perdiendo de vista su compromiso de Poeta con la Historia. Para un poeta, para un creador, ser contemporáneo de la historia significa no detener su oficio de creador acudiendo al llamado de la historia inmediata. Siendo revolucionario, pero en su obra, sin aceptar dictados de partidos. Rindiendo cuenta de la revolución sin convertirse en su apologista: “La contemporaneidad del poeta está en un cierto número de latidos del corazón por segundo que indican la pulsación exacta del siglo”, cito de nuevo a Marina Tsvietáeva. Es allí en donde la poesía llega a lo más profundo de la historia, y tal vez de lo político. La poesía precede, se anticipa, muchas veces, a la historia: la presente.

La muerte patética de Roque –tal vez sea ese su mayor poema– le impide formar parte del panteón de los héroes. Muerte que niega toda actitud simplista, tan en boga entonces en el campo maniqueo de los revolucionarios, y nos obliga a darle su verdadero sentido simbólico. Su muerte revela en imagen y circunstancia, la gratuidad de todos los que han sucumbido por el capricho de los aspirantes al poder. Patología de pueblos en estado regresivo, síntoma de una enorme injusticia, que ven como sinónimo de liberación la dependencia de los caudillos. Su muerte actúa como revelador del grado de perversión

Posada



de una lucha basada en el rechazo y la intolerancia de todo modo de pensar diferente. Algún día habrá que dilucidar los mecanismos que impiden que se establezcan en aquel continente otras formas de lucha que no sean siempre las del recurso a las armas. Una suerte de complementariedad entre los “buenos” que luchan por los desposeídos y los “malos” que reprimen y asesinan, termina siendo la justificación de la existencia de ambos bandos, y el móvil de la lucha. Búsqueda de afirmación en la violencia del choque bélico entre hombres cansados de vivir en un país frustrado, contra otros no menos frustrados, amparados en la “legalidad” institucional del ejército regular.

Roque Dalton murió por no haber comprendido que su papel de guía, de nervio histórico de su pueblo debía realizarlo el poeta y no el combatiente. Su participación en la Historia se basó en un equívoco. Lo que de él solicitaban aquellos que lo forzaron a incorporarse a la guerra, no eran sus dotes de militar seguramente insuficientes, sino su renombre de poeta. Sacrificó su ser poeta en aras de la actualidad. El tributo a la historia ha debido ser su poesía, y no su vida. Fue hacia la muerte no por haberla elegido sino inducido por un espejismo. Pero como creador lo supo desde siempre. Por ello como creador sí se anticipó y presintió su fin. Prueba de ello: ironías de la historia, su novela: *Pobrecito Poeta que era Yo*, sirvió de prueba de cargo en la parodia de juicio al que fue sometido para justificar su asesinato. Libro premonitorio, en donde todo cuanto le iba a suceder quedó consignado de antemano. En ello reside la clarividencia del creador contemporáneo de su historia: en mirar más allá de la actualidad, en predecir el acontecimiento. Roque se sabía condenado por la fatalidad que significaba el haber nacido en cierto país, en cierta época, y en cierto momento de la historia.

Al poeta tal vez le hicieron un servicio asesinándole –lo que por supuesto no exime a los culpables. Su muerte hará resurgir al poeta: su obra es el mayor tributo que habrá legado a su país. Su asesinato, la prueba de lo costoso que resulta equivocarse de historia. A los asesinos, la historia los ha puesto en su sitio: ayer fueron actualidad, hoy son apenas una actualidad pasada. Aparecen con su verdadero rostro al descubierto: el de la ambición y el simple afán de poder.

No olvidemos que para no convertirnos en cómplices de los asesinos, la memoria es la única garantía contra la muerte, y contra la indiferencia. No existen asesinos buenos, como lo pretenden todavía algunos profesionales del antiimperialismo asiduos de Varadero: existen simplemente asesinos.

No se trata de hacer llamados a la venganza, ni de instaurar un sistema interminable de *vendetta*, pero los asesinos deben ser señalados con el dedo de nuestra justicia.

Aquellos a quienes duelen los recuerdos de la tierra impregnada por la sangre de Roque, que sufren el vacío hondo, la nostalgia infinita, la ausencia que agujijonea sin cesar la memoria, que sepan que por suerte “Los muertos están cada día más indóciles”.